

## Prefacio

Tras el auge de los librereros-impresores, el vocablo «editor» (de *edere*, «sacar a la luz») comenzó a tomar carta de naturaleza, en el sentido que le damos hoy, a principios del siglo XVIII. Esa condición la cumplían, por ejemplo, el holandés Reiner Lees, los alemanes Philipp Erasmus Reich o Georg Joachim Goschen, los franceses François Le Breton o Marc-Michel Rey, los españoles Antonio de Sancha o Joaquín Ibarra y los británicos Andrew Millar o Joseph Johnson.

Poco dicen esos nombres a un público culto. Arrojemos, por tanto, alguna luz: Philipp Erasmus Reich, por ejemplo, fue el introductor del precio fijo de los libros en Alemania; Georg Joachim Goschen explicó, en referencia a su labor, que «un tendero no puede ser un mecenas»; François Le Breton sufrió prisión en la Bastilla; Marc-Michel Rey era un hugonote francés que tuvo que exiliarse a las Provincias Unidas; Antonio de Sancha abrió la primera librería-taller en Madrid; Joseph Johnson fue perseguido por simpatizar con la Revolución francesa...

Nuestro lector culto sigue sin mover una pestaña.

Pero establezcamos ahora una relación fundamental: Lees fue el editor de Bayle; Reich, de Wieland; Goschen, de Goethe; Le Breton, de la *Enciclopedia*; Rey, de D'Holbach; Sancha, de Cervantes; Ibarra, del *Catón cristiano*; Millar, de Fielding; Johnson, de Wollstonecraft...

Ahora se ha hecho la luz en nuestro lector: se ha «editado».

Cuando Jorge Luis Borges escribió «Si hay otra [vida] espero que me esperen en su recinto los libros que he leído bajo la luna con las mismas cubiertas y las mismas ilustraciones, quizá con las mismas erratas...», no pensaba en los editores, que no eran más que luz de luna, esto es, reflejada, no propia, pero en tres alusiones específicas revelaba todo un mundo de saberes conjugados. Este mundo es el de la edición, tan complejo y rico que requiere, para ser aprehendido conceptualmente, el destilado de muchas materias del conocimiento humano. Es notoria la incapacidad de los editores para construir una síntesis gnoseológica de la llamada «galaxia

Gutenberg». Y es que este es un mundo con tantas superposiciones, interferencias y entrelazamientos que podría evocar en nuestra imaginación lo que los físicos llaman función de onda de un sistema cuántico, lejos del ámbito relacional en que nos movemos, o, quizá con mayor propiedad, lo que se define como un «campo de sentido», en la fenomenología del joven filósofo alemán Markus Gabriel, padre del «nuevo realismo». Un campo de sentido, nos dice, «es un área en la que aparecen ciertos objetos de una forma determinada, y no existen objetos o hechos fuera de un campo de sentido». El mundo editorial sería, así, siguiendo la metodología de Gabriel, una «suma mereológica», que consiste en la construcción de una totalidad mediante la vinculación de las partes.

Desde este enfoque, no es de extrañar que la primera aproximación de valor a la historia de la edición surgiera del alma de los *Annales*, la escuela histórica que fundaron Lucien Febvre y Marc Bloch en 1929 y que combatía por una historia totalizante, que se hiciera «con todo lo que el ingenio del historiador pueda permitirle utilizar para fabricar su miel... Por tanto con palabras. Con signos. Con paisajes y con tejas. Con cercados y malas hierbas. Con eclipses de luna y cabezadas. Con exámenes periciales de piedras realizados por geólogos y análisis de espadas de metal realizados por químicos. En una palabra: con todo lo que siendo del hombre depende del hombre, sirve al hombre, expresa al hombre, significa la presencia, la actividad, los gustos y las formas de ser del hombre». De esas ideas nació la primera aproximación moderna a nuestro campo de sentido: *L'apparition du livre*, de Lucien Febvre y Henri-Jean Martin (1958) y, tras ella, muchas otras obras casi sin solución de continuidad a cargo de autores que son hoy, para nosotros, clásicos: Roger Chartier, Guglielmo Cavallo, Peter Burke, Robert Darnton, Reinhard Wittmann, Daniel Roche, Frédéric Barbier, James Raven, Martin Lyons... O, en el mundo iberoamericano, hitos como la *Historia de la edición y la lectura en España (1472-1914)*, de Víctor Infantes, François López y Jean-François Botrel; *Sis segles d'edició a Catalunya*, de Manuel Llanas, o *Editores y políticas editoriales en Argentina (1880-2000)*, de José Luis de Diego. La historia de la edición es un capítulo fascinante de una historia total que se impacienta ante las fronteras y los compartimientos estancos. Eso lo han entendido muy bien la veintena de especialistas que en este libro han conjugado esfuerzos, desde disciplinas distintas, para sostener sin fisuras la «suma mereológica» de su objeto de estudio.

Y entre todas las disciplinas convocadas, la más terrenal es, seguramente, la ciencia económica, imprescindible para abordar la cuestión. Porque ¿cómo se inicia una empresa editorial en el mundo de la economía de mercado? Con dinero, con capital. Según sea la capitalización de la empresa editorial, así será, en principio, su futuro, que, claro está, va ligado a otras variables económicas: una editorial que tenga por objeto la búsqueda de *bestsellers* (básicamente constituidos por obras de ficción, libros juveniles, prácticos o de autoayuda y superación en su definición más extensa)

verá, si lo consigue, incrementar su capital de maniobra y tendrá más fácil, en un momento de falta de liquidez, obtener créditos a intereses relativamente bajos, porque el banquero analizará los balances anuales y deducirá de ellos que la empresa está suficientemente capitalizada (circulante) y en posición teórica de devolver los créditos. También tendrá posibilidades ciertas de conseguir un aumento de capital, si es el caso. Si, por el contrario, los objetivos de la empresa editorial responden a una voluntad de crear y difundir cultura (básicamente ensayo, eso que algunos llaman con un anglicismo impropio «no ficción»), el capital inicial se agotará pronto, aparecerán problemas de liquidez y los créditos no llegarán o serán mucho más caros y cortos, condicionando así esta labor editorial. En este caso, los costos de oportunidad y de transacción pueden ser potencialmente altísimos y colocar a esta clase de editorial en la posición de no poder pagar el anticipo de una obra importante para su fondo, condicionando, por tanto, la línea editorial.

Como la condicionan también los poderes públicos, para bien o para mal, con sus políticas del libro. Ejemplo de lo primero fue el caso del gobierno del primer bienio de la II República española, cuyas políticas analiza aquí Ana Martínez Rus. Ejemplo devastador de lo segundo fueron las «políticas culturales» (es decir, la censura) de la España de Franco, que prohibieron la circulación escrita —y el uso público (el privado no podían)— de las lenguas no castellanas: catalán, gallego y euskera, y cuyas desgracias asedian aquí, en este libro, Sílvia Coll-Vinent, Diana Sanz, Montserrat Bacardí y Mireia Sopena. La ignorancia y la estupidez de los curas y falangistas que controlaban el aparato de la censura nacionalcatólica de libros llegaron a prohibir la circulación de obras de autores tan «peligrosos y disolventes» como Azorín, Baroja, Blasco Ibáñez, Pardo Bazán, Pérez Galdós, Pascal, Rabelais, Gandhi, Darwin, Salgari o Eurípides y a todos los autores de «la mal llamada literatura rusa» (*sic*), siguiendo una ley de 1938 que no se cambió hasta 1966 con la llamada ley Fraga, que abolió la censura de guerra de Serrano Súñer pero la sustituyó por otra herramienta de control. No es este el lugar para explicar con detalle los entresijos de la ley Fraga (lo he hecho en otra parte), pero sí vale decir que atormentó al mundo editorial español hasta que fue abolida en 1978, con la nueva constitución. Y algo parecido puede decirse de las dictaduras del cono sur en los años setenta y primeros ochenta del siglo xx, algunas con ribetes zarzueleros, como fue el caso de la censura instaurada en Uruguay por el iletrado general Gregorio, Goyo, Álvarez, cuyos sicarios, consecuentemente analfabetos, permitían sin ningún inconveniente la entrada de mi edición de *El Capital*, pero la negaban a un libro técnico titulado *La cuba electrolítica*.

Estas interferencias políticas han topado con la firmeza y el coraje editorial y librero, que siempre han sabido encontrar, en los flujos subterráneos, clandestinos y paralelos, el modo de combatir la barbarie y mantener su compromiso ético con los lectores, como nos recuerdan en este libro Jordi Cornellà-Detrell y Francisco Rojas.

Pero las interferencias de los poderosos también han servido *a contrario* para señalar el camino y dar pistas sobre las obras más importantes de todos los tiempos, aquellas verdaderamente imprescindibles: me refiero, por ejemplo, al *Index Librorum Prohibitorum*, de la Iglesia católica, que es el mejor catálogo de la excelencia editorial. Su última edición corresponde a una fecha tan cercana como es 1966, y en ella se prohibía leer, bajo pena de excomunión, a Erasmo, Montaigne, Spinoza, Diderot, Hume, Balzac o Sartre, entre varios miles más.

Pero la peor intervención de los poderes públicos se da, sin duda, en el terreno de la formación humana, ya que las leyes de los gobernantes (en España cada gobierno que llega al poder dicta una nueva ley de educación y, a veces, dos) buscan cuidadosamente encauzar a niños y jóvenes, desde la enseñanza primaria hasta el fin de la universidad, por la senda de la sumisión y la aceptación acrítica de un conocimiento pasteurizado. Las estrechas miras de los gobiernos españoles desde la transición han procurado, en líneas generales, una educación positivista, acomodaticia y muy dirigida a inculcar en la población, desde la infancia, la falacia de que no existe en este mundo ninguna alternativa al capitalismo y que, fuera del sistema, no hay salvación. En el ámbito universitario español, esa soterialogía laica ha conducido a una sobretitulación totalmente inservible para encontrar trabajo *en el capitalismo* y a que más del 50 % de los jóvenes españoles no lo tengan o, como máximo, hayan sido enviados a las filas del precariado. La epifanía triste de que el «conocimiento» recibido no les ha servido para integrarse y prosperar en la vida los ha llevado a la desesperación y a la humillación, a preguntarse para qué sirven los esfuerzos intelectuales. No podemos extrañarnos de que hayan dejado de comprar libros formativos y, con ellos, también los de ocio o lúdicos. Viven encerrados con un solo juguete: su teléfono celular.

Por otra parte, el intento de comprender diacrónicamente los caminos de la edición requiere de la antropología, la sociología y la psicología. Robert Southey decía que había dos cosas que para él eran incomprensibles: la transubstanciación del cuerpo y la sangre de Cristo y la suerte que le espera a un libro. Aunque no hemos avanzado gran cosa en lo primero, sabemos mucho más de lo segundo que en el siglo XIX gracias a estas disciplinas. ¿Cómo podrían explicarse algunos éxitos editoriales sin el recurso a la psicología de masas? Pondré un ejemplo de mi propia experiencia de editor. En 1988 publiqué la *Historia del tiempo*, del desaparecido Stephen Hawking. En el marco de la publicidad y la promoción, que se entrelaza con la economía en nuestro campo de sentido, le pedí al autor, entonces un físico desconocido fuera de su gremio, atrapado en una silla de ruedas por una enfermedad terrible, la esclerosis lateral amiotrófica, que le había dejado ya sin habla, obligado a usar un sintetizador de voz para comunicarse y a no poder utilizar más que dos dedos sobre el teclado de su ordenador incorporado a la silla, que diera una conferencia en Barcelona: dio dos, una en la Universidad Autónoma y otra en el Museo de la Ciencia, donde el ignorante preboste de La

Caixa que presidía el acto no consiguió nunca pronunciar correctamente el nombre del físico. La aglomeración fue tal que, en el primer caso, el de la Autónoma, hubo que llamar a los bomberos porque los estudiantes, agolpados contra las puertas de acceso, estaban a punto de derribarlas y provocar una desgracia; en la segunda, la gran sala de actos del museo estaba tan abarrotada que hubo que improvisar un plasma exterior en una extensa zona aledaña que hervía con la gente expulsada de la sala. Un día después, llevé a Hawking a pasear por las Ramblas barcelonesas: hubo que suspender el recorrido ante el tumulto de fieles que querían tocar al santo. Se vendieron en menos de dos años 300 000 ejemplares de su libro, nada fácil de entender. ¿Cuántos lo leyeron? ¿Cuántos de los que lo leyeron lo entendieron? No lo podemos saber, pero algunas anécdotas son reveladoras: el conserje de un edificio llegó a una céntrica librería de Barcelona para comprar sesenta ejemplares para todos los vecinos de la escalera. Pidió al librero «el libro de Joaquín» (deformación hispánica de la fonética Hawking). En esa misma gran librería entró una señora pidiendo «el libro del físico subnormal», etc. ¿Cómo entender estos procesos —mucho más habituales en la ficción— sin el auxilio de la antropología y la sociología? En este libro, José Luis de Diego cita, en su exposición, el caso del *boom* de la literatura latinoamericana en Europa; pues bien ¿se puede entender —más allá de la económica— la extraña relación de la mayoría de sus integrantes —especialmente García Márquez y Vargas Llosa— con su agente literaria, Carmen Balcells, sin el recurso al psicoanálisis freudiano?

Y, naturalmente, ¿cómo hablar de libros sin el concurso de la lingüística, la crítica, la teoría literaria o los estudios de literatura comparada, la ecdótica y la bibliotecología? No hace falta que me extienda en detalles, entre otras razones porque no me propongo en este prólogo exponer exhaustivamente todos los entrelazamientos de este campo de sentido: científico (libro electrónico, internet); jurídico (derechos de autor, piratería); actoral (notarios, registros de nombre y marcas); industrial (papeles, tintas); logístico (gestión de almacenes y transporte); ingeniería (construcción, almacenaje y movimiento de *stocks*)... Lo que me interesa es subrayar precisamente el carácter de campo de sentido del mundo editorial y señalar que los estudiosos que sigan a este libro deberán tener como tarea principal y más fecunda la de seguir persistiendo en el establecimiento de alianzas con todas las disciplinas próximas o lejanas a él, presentes (algunas descuidadas o poco atendidas, como señala Josep Mengual aquí) o futuras (quizá la robotización o las nanotecnologías). Sea como fuere, nosotros seguiremos hablando del libro, esa alma de papel, orgullo de la especie humana, que consiguió derrotar a los dioses.

GONZALO PONTÓN

*Sant Cugat del Vallès, julio de 2020*